

## El «otro» no existe. Entrevista al poeta palestino Mourid Barghouti

**Randa Achmawi.** Periodista y representante en Egipto del Club de la Presse Méditerrané

Al igual que el resto de sus compatriotas, el poeta palestino Mourid Barghouti posee una trayectoria marcada por el sufrimiento, el alejamiento de sus seres queridos y el exilio. Como para todos sus compatriotas, la causa palestina y la lucha contra la ocupación y contra la injusticia siguen siendo el tema prioritario de las conversaciones y, de manera implícita o explícita, aparecen una y otra vez en las palabras, frases y explicaciones de sus puntos de vista. Pero más allá de su compromiso natural con la causa de los suyos, Barghouti da muestras de una asombrosa lucidez, así como de una clarividencia y una apertura muy acusadas cuando se trata de analizar la cuestión de las relaciones con el «otro» o del diálogo entre las culturas. Así, en esta entrevista queda patente que hoy en día Barghouti sigue siendo no sólo uno de los grandes portavoces de su pueblo, sino también el heredero de una tradición de sabiduría y grandeza que caracteriza al conjunto de sus compatriotas.

Ciertamente, visitar a Mourid Barghouti en su apartamento del centro de la ciudad de El Cairo es una experiencia muy notable. En ese oasis extrañamente apacible, donde no se oye el bullicio de la calle, el diálogo con él es casi como un intercambio terapéutico.

**Randa Achmawi:** Su trayectoria resulta bastante emblemática. Al contemplar su historia personal, es fácil identificar en ella a la de los millones de palestinos que se han visto obligados a buscar un refugio en un suelo que no es el suyo y vivir como exiliados aferrados al sueño y la esperanza del regreso. A partir de esta posición tan particular (es decir, después de vivir en el exilio, y de verse considerado muchas veces como todos aquellos a los que se ve como un intruso o, simplemente, alguien distinto), ¿cómo percibe la noción del «otro»?

**Mourid Barghouti:** En realidad, este concepto del «otro» siempre me plantea problemas. Creo en las nociones de amistad, animosidad... Existe el vecino, y entre los vecinos están los que nos tratan con respeto y los que se muestran más arrogantes, los que son justos y los que no lo son, etc. Creo que la palabra «otro» es una caja vacía. Si pensáramos con respeto en el que es diferente, es decir, en todo aquel al que eventualmente podríamos contemplar como «otro», ya no podríamos seguir considerándolo como tal. ¿Entiende lo que quiero decir? Si las relaciones entre la gente se basan en la justicia, entonces la noción del «otro» deja de existir. Así pues, no se trata

del «uno» o del «otro», sino de la naturaleza de las relaciones que existen entre ambos. Por ejemplo, lo que nos sucede en Palestina no tiene nada que ver con la cuestión del «otro», ni siquiera pensamos en eso. Nuestro problema se centra en torno a otras cuestiones fundamentales: la ocupación y la injusticia. Opino que el hecho de dividir a las personas en «nosotros» y «ellos», en «nosotros» y el «otro», constituye un verdadero problema. Cuando utilizamos esta clase de lenguaje, estamos no sólo metiendo la pata o cometiendo un error teórico, sino adoptando y enviando un mensaje muy peligroso. Cuando las personas empiezan a verse como «nosotros» y «ellos» pueden acabar en el campo de batalla y, por tanto, declarándose la guerra.

**R.A.:** Tiene razón. Otra cuestión que me intriga es la del concepto de identidad. ¿Qué es la identidad? ¿Acaso existe realmente? ¿Es algo bueno, importante para la cohesión o la integridad de los pueblos, o se trata sencillamente de una trampa?

**M.B.:** Sin duda, las polémicas y la politización del término «identidad» han contribuido a acrecentar la vaguedad de esta palabra. Normalmente consideramos que la identidad constituye una identificación con un cierto número de usos y costumbres de un grupo. Se trata de una manera de expresar una pertenencia, bien sea a una cultura, a una nación o a una religión. Sin embargo, conviene destacar que, a lo largo de la historia de los grupos, civilizaciones o culturas, dicho conjunto de usos y costumbres nunca se

ha mantenido fijo, inmóvil o invariable. En realidad, ha sucedido todo lo contrario. Las identidades son algo abierto. Son como casas con puertas y ventanas a través de las que se produce un intercambio con el mundo exterior. Reciben influencias que les llegan de afuera, que acaban asimilando con frecuencia, y también son capaces de ejercer su propia influencia sobre el mundo exterior. Este continuo intercambio resulta siempre saludable e instructivo. Por esta razón creo que, más allá de la noción de identidad y de grupo, existe una instancia más elevada y amplia, a la cual denomino identidad humana o identidad universal.

**R.A.:** Normalmente, ésta tendría que ser la tendencia natural que debería imperar en las relaciones entre civilizaciones o culturas. Entre ellas debería existir un intercambio de influencias que contribuyera a su enriquecimiento común. Pero irónicamente, hoy en día, cuando los intercambios entre grupos culturales y religiosos son cada vez más intensos y permanentes, sucede más bien lo contrario. En vez de abrirse a las influencias exteriores, los grupos se están encerrando en un verdadero fenómeno de repliegue identitario. ¿Cómo explicaría usted este hecho?

**M.B.:** Este fenómeno tiene varias causas, y la más importante de todas es la falta de justicia. Muchas veces dicho repliegue tiene lugar entre aquellos que son más débiles y se sienten más vulnerables. Se trata de un instinto humano de búsqueda de protección que se produce cuando toca enfrentarse a una situación que se considera amenazadora. Algunos se repliegan y buscan una protección en sus religiones; otros, en sus tradiciones familiares y tribales o en sus culturas. El problema reside en que, a menudo, hay quienes utilizan este fenómeno con fines políticos, y entonces acaba sirviendo a los intereses de determinados grupos. Estos grupos poseen agendas políticas muy precisas, y trabajan para que esas reacciones colectivas basadas en el instinto alimenten y refuercen sus programas políticos.

**R.A.:** Pero, por otro lado, uno se da cuenta de que ese repliegue también existe en las sociedades ricas. En los países europeos, por ejemplo, a menudo

la diferencia no se acepta fácilmente. En los países del Norte se margina al «otro» —el que ha nacido en los países del sur del Mediterráneo— y muchas veces se le mira como si fuera una amenaza, con desconfianza. ¿Qué opinión tiene usted sobre ello?

**M.B.:** En los países del Norte, uno puede darse cuenta de que también existe una manipulación de los fenómenos de temor y desconocimiento a fin de que sirvan a los intereses de partidos políticos muy precisos, cuyos programas refuerzan la animosidad y el rechazo al «otro». Ciertos grupos de presión en estos países refuerzan la propagación de estereotipos y prejuicios sobre las poblaciones de inmigrantes, sobre las mujeres, los negros, los pobres, etc. Y lo hacen con el único objetivo de preservar ciertos privilegios, aunque el «otro» no tenga ninguna posibilidad de convertirse en una amenaza para ellos. La mayor contradicción en las relaciones que los países ricos mantienen con los menos ricos y con sus habitantes, consiste en el hecho de que, aunque se intenta alcanzar la liberalización comercial y económica, al mismo tiempo se cierran las puertas, para evitar a toda costa la circulación de los pueblos.

**R.A.:** ¿Cree entonces que, a la vista de estas dificultades, contradicciones e injusticias, a pesar de todo vale la pena mantener un diálogo entre los grupos divergentes, en este caso entre el islam y Occidente, o primero habría que abordar las causas en que se basan los equívocos? Es decir, ¿hay que dialogar para resolver los problemas, o primero hay que resolverlos para poder comunicarse después?

**M.B.:** El diálogo es algo necesario. Sin ninguna duda, debemos comenzar estableciendo un diálogo y después intentar mantenerlo lo mejor que podamos. Pero no podemos hacerlo perdiendo de vista las causas reales de nuestras dificultades. No hay que dialogar en el vacío. Por ejemplo, tuve la ocasión de asistir a la Conferencia Ministerial Euromed Cultura, organizada en Atenas en mayo de 2008. Durante dicha reunión hablamos de la importancia y la necesidad del diálogo. Sabíamos y notábamos que los representantes de los países presentes estaban en desacuerdo sobre numerosas cuestiones, pero aun así hablaban de la importancia del diálogo sin abordar, ni una sola vez, ninguna

de las cuestiones que constituían el origen de los conflictos o los problemas regionales. Así pues, en los encuentros en que se predica el diálogo no hay

que tener miedo de las palabras, sino que hay que hablar clara y directamente de los problemas; sólo así podremos avanzar hacia una solución.

## La identidad del judío sefardí: más allá del folclore

**Abraham B. Yehoshúa.** Escritor, Israel

Los judíos sefardíes, tras su expulsión de la península Ibérica, fueron condenados al exilio y desarrollaron una nostalgia colectiva del «otro» ausente que perviviría durante generaciones y daría lugar a una tolerancia muy respetuosa con la diferencia. Hoy día, varios siglos después de aquel éxodo, al revisar la identidad del judío sefardí podemos plantearnos las siguientes preguntas: ¿Qué es lo sefardí? ¿Qué lugar ocupa? ¿Es tan sólo la referencia a un origen? ¿Es una cuestión de raíces, de historia o acaso se trata también de una identidad de carácter político y cultural que uno puede adoptar? En la época de la globalización, ¿qué significado tiene la identidad sefardí en Oriente Medio?

Mi padre nació en Jerusalén en 1905, al igual que su padre, su abuelo y su bisabuelo. Así pues, él constituía la cuarta generación nacida en la tierra de Israel. Sus antepasados emigraron a Palestina a principios del siglo XIX, procedentes de la ciudad de Salónica, bajo el gobierno del Imperio Otomano y con una población que en su mayoría era grecoortodoxa. A pesar de que mi padre no tenía relación alguna con España, se definía como judío sefardí, y a esa identidad sefardí dedicó el último tercio de su vida, durante el cual publicó 12 libros acerca de la comunidad judía sefardí en Jerusalén.

Esa identidad no sólo le servía para diferenciarse del judío asquenazí, sino que lo ligaba a España, donde veía el origen de su identidad. El ladino era la lengua en la que hablaba con su familia, y creía que en ella pervivían los genes de la auténtica lengua española. Todo lo que ocurría en España le interesaba. Durante la guerra civil española solía encontrarse con el cónsul del gobierno de la República en Jerusalén, para consolarlo por la caída de la democracia en España. A veces, para divertir a sus hijos y nietos, se ponía a bailar flamenco. Y cuando tenía 60 años, se armó de valor y salió por primera vez de su patria para conocer España, una visita que le causó un gran placer.

Expongo el caso de mi padre como ejemplo de esa identidad sefardí virtual que adoptaron muchos

judíos, tanto aquellos que vivieron durante siglos en países musulmanes (en el norte de África, en Oriente Medio y en el Imperio Otomano) como aquellos que residían en países cristianos, como Italia, Holanda, Reino Unido, Alemania o Bulgaria.

Y la pregunta que surge es: ¿Cómo el recuerdo de España puede mantenerse como si fuera un preciado recuerdo de Jerusalén? ¿Por qué unos judíos que fueron cruelmente expulsados, no de su patria histórica sino de un lugar de exilio como era la España de finales de la Edad Media, y que después emigraron a otros países, ya fueran cristianos o musulmanes, se han empeñado en mantener durante más de cuatro siglos esa identidad sefardí? Es como si dijeran a quienes los expulsaron: «Habéis conseguido desterrarnos físicamente de España, pero nunca lograréis arrancar de nosotros la identidad que nos creamos aquí.»

A ello hay que añadir otro hecho singular. Los judíos expulsados de España en 1492 probablemente no eran más de 200.000, y la mayor parte se fue a Portugal y solamente un tercio de ellos se dispersó por los países de la cuenca mediterránea; pues bien, estos pocos judíos llevaron su identidad sefardí a las comunidades en las que fueron acogidos. Así, judíos que nunca habían tenido nada que ver con España adoptaron la identidad de los desterrados